

bió ser tanta, cuando el mismo historiador citado dice: «El mismo fanatismo produjo años después la expulsión de los judíos de varias naciones de Europa, con circunstancias más atroces aún que en la nuestra.» Digamos nosotros, sin rebozo alguno también, que tales historiadores confunden lastimosamente el racional fervor con el fanatismo.

Para más convencernos de las vejaciones de que era objeto el pueblo español de parte de los judíos, baste recordar que en Zamora se reunió un concilio para contener la prepotencia de los Israelitas, siendo así que la Iglesia española los defendía y prestaba favores. (13)

Los historiadores liberales españoles acusaron también a los Reyes Católicos de ingratos, porque los judíos riquísimos y negociantes les ayudaron en la conquista de Granada con sus empréstitos. (14) Considerando la expulsión bajo el mismo punto de vista económico, dijo un sultán turco, refiriéndose al rey Fernando, que no había obrado como buen político, porque empobrecía su tierra y enriquecía la ajena; (15) pero este modo de pensar es harto mezquino y rastrero. ¿Qué suponían todas las riquezas judías en comparación de la fe, siempre combatida y de la unidad espiritual no alcanzada y de la nacional siempre, con ellos, en peligro para aquellos reyes que tuvieron por norte la cruz y por única civilización la cristiana? ¿Cómo menoscabar los más altos intereses del hombre y de las sociedades a cambio de no privarse de humanas riquezas? El liberalismo y los turcos racionaron unánimes en este trascendentalísimo asunto, y es, porque unos y otros cambian doblé por oro, vidrio por diamantes. Es, señores, porque esta época materialista que agoniza no sabe apreciar la alta sabiduría y prudencia con que obraron los Reyes Católicos al expulsar a unos hombres tan menguados, que de ellos siempre podrá hacerse este retrato que dejó escrito el P. Mariana en estas brevísimas palabras: «Volvieron a sus mañas como gentes que son compuestas de falsedad y de engaño.»

Pero, si en la memoria de las cosas pasadas y presentes obraron con tan acertada inteligencia que son testimonios de la eximia prudencia de nuestros más esclarecidos Reyes, no lo fueron menos en el ejercicio providente de ordenar lo presente a lo futuro, que es, sin duda, en lo que más resplandece la alta sabiduría que ilumina al prudente. El Angélico enseña: «A la prudencia pertenece regir y mandar,» y después añade: «Tanto es más perfecto el gobierno cuanto es más universal y a más cosas se extiende y toca a fines más ulteriores.» (16) Y si a la luz de esta evidente doctrina examinamos el edicto de expulsión de los judíos ¿quién no alabará la muy alta providencia de los Reyes Católicos que, anticipándose una época de seis siglos, en su resolución, demostraron que los eternos principios de la verdad siempre dan efectos de bien, aplicados a las obras? Y así, fundados en la incontrovertible verdad de que no puede haber paz entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, con admirable visión del porvenir y con el valor propio de los que hacen obras, por lo anticipadas, incomprensibles para la generalidad, libraron a España de la más terrible plaga que ha minado a las naciones en la edad moderna, conduciéndolas a la ruina internacional en que agonizan, y dejando como testimonio irrefragable y fuera de todo orden de paz y de